

Lavín Cerda y la infinitud de la palabra

Tal vez un poco de eternidad

Silvia Pratt

I

Desde el primer momento en que el hombre escudriñó el firmamento o desde el instante en que sus manos acariciaron una flor marchita, surgieron las interrogantes: ¿Acaso existe lo inmortal, lo perdurable, lo eterno? ¿Cómo no extraviarse en ese interminable camino de siglos y edades pasadas o por venir? ¿Qué es el tiempo? Y pleno de asombro, el ser humano lo contemplaba en el transcurrir de las nubes y en la revelación de las sombras sin poder atraparlo. Se percató, por un lado, de lo inasible de un filamento de segundo, del parpadeo de un instante, de lo fugaz de la voz y, por otro, se hundía en lo incommensurable, en lo infinito del universo. Por eso y para dejar un testimonio de lo efímero o de la duración de las cosas, creó un artefacto que evidenciara nuestro paso por el mundo. Así surgieron los relojes que con su pulso darían fe de nuestro transitar por la existencia: de agua, de arena, de sol, de mar, de campana, de música, de péndola, en fin, un sinnúmero de formas, aunque un solo objetivo: el de asir el presente, desentrañar el pasado, vislumbrar el futuro. Péndulo sin tregua, su movimiento albergaría una dualidad inexorable: lo perpetuo y lo perecedero. Dualidad presente en el vaivén del mar, en el susurro que pervive en la entraña de las caracolas.

En todas las épocas, el individuo se ha cuestionado: ¿Qué es la eternidad? Y se descubrió inmerso en la otredad, en el misterio; acaso también para conjurar la finitud, para soportar el peso del cosmos, para visualizar la vida por los siglos de los siglos, para perpetrar la certidumbre de las cosas, surge la avidez de la presencia de los dioses, la urgencia de lo perenne. En las *Enéadas*, Plotino sustenta lo eterno como una vida que per-

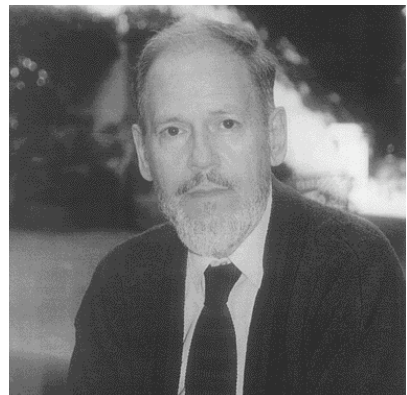
siste en su identidad siempre presente en sí misma de la manera total. Dante, en el “Paraíso”, se refiere al punto en el que convergen todos los tiempos. Jean Chevalier y Alain Gheerbrant conciben la eternidad como la existencia que se afirma en la negación del tiempo. También sostienen que Irlanda, por su raigambre tradicionalmente mítica, así como cualquier otro pueblo, era incapaz de hacer que la mentalidad del hombre comprendiera este concepto, por lo que de manera simbólica yuxtapuso el tiempo humano, que es fijo e inmutable, de regularidad cíclica, al tiempo divino que posee límites elásticos. Estos autores arguyen que la eternidad:

Es la perfecta integración del ser en su principio; es la intensidad absoluta y permanente de la vida que escapa a todas las vicisitudes de los cambios, y en particular a las del tiempo (...) La eternidad no está tanto en el inmovilismo como en el torbellino; está en la intensidad del acto.

II

Hernán Lavín Cerda no es ajeno a estas cuestiones, lo cual se manifiesta en una de sus obras más recientes, *Tal vez un poco de eternidad*. El título lleva en sí una fuerte carga semántica que se confirma en el epígrafe del propio autor, quien revela su pensamiento ante lo imperecedero:

Sospecho que cuando descubrimos, asombrados, aquel entusiasmo en el viaje de nuestra sombra a través del tiempo, y somos capaces de sonreír con más gloria que pena, sólo entonces hemos tocado la orilla de la eternidad, tal vez un poco de eternidad que seguirá respirando a media luz, a media sombra.



Hernán Lavín Cerda

Una constante a lo largo del libro es la preocupación tenaz por el tiempo, lo que se advierte en el uso de algunas palabras, ya sean sustantivos, adjetivos o adverbios que aluden a dicho referente. Encontramos un vaivén entre el ayer, el hoy y el porvenir. Así el antiguo Génesis puede aparecer de un momento a otro en este mundo, o bien el Apocalipsis que estuvo antes, incluso es previo a la Nada, o más aún lo milenario regresa sin ruidos *con la música de un soplo que seguirá vibrando en el aire del Mundo*. En su cántico, el poeta dice que únicamente podrá vivir, vivirse o sobrevivirse a imagen y semejanza del Tiempo, recordando aquella época de Heráclito, cuando todo lapso era impalpable, abstracto, y no existía fuera de los labios: en la total ausencia de mediciones o relojes. O puede encontrarse, también, en el umbral de la Basilique du Sacré-Coeur *viendo y viendo, mirándome / pasar aquel fenómeno que dudosamente llaman tiempo*. El autor se interroga: ¿Existe alguna fecha de caducidad? Y a través del poemario nos encontramos con el nunca jamás, con el jamás nunca, con el nunca nunca, con el casi nunca que se va infiltrando en

ese *desliz pendular del Mundo*. Todo es tal vez y ese tal vez podría ser nunca.

Lavín Cerda es diestro en el manejo de la intertextualidad, recurso que utiliza con vigor, otorgando vida a los personajes a quienes alude. Nuestro autor no los toma del pasado y los vuelve a dejar ahí sin que nada suceda, sino que recurra ellos y los adapta a la realidad del momento confiriéndoles una re-significación. El manejo intertextual no es producto de un afán libresco sin ton ni son; está trabajado con frescura. De este modo, encontramos a dos amantes entre Demócrito y el vacío; a Boris Pasternak monologando, *muy lejos del Mundo / y sin envidia, como el inocente / que sólo puede creer / en la vida de ultratumba*; a una mujer que podría, ¿por qué no?, ser el reflejo vivo de Cleopatra; a Enotea, la diosa de Petronio y de Federico Fellini; a Friedrich Nietzsche y su abismal mirada; a Siddharta Gautama, el Buda, en los ojos de los corderos del Himalaya; a Jorge Luis Borges en el cementerio de Ginebra; a Sócrates enceguecido por la ceguera mundial; a una mujer con espinazo erguido como Penélope, pero jamás gorda.

Muchos personajes más deambulan por el volumen. Sin embargo, destaca con su presencia Lavín Cerda, alias el Lobo Sapiens, alias el Zaratustra de los Humildes. Sí, Lavín Cerda es *aquel prominente y esquivo animal presocrático, ese aprendiz de taumaturgo / que aún cultiva una amistad errática y deslumbrante con el ambiguo Heráclito de Éfeso*; el Lavín Cerda *ato mentado por la monarquía absoluta / de los pies derechos en los zapatos derechos, / así como de los zapatos izquierdos en los pies izquierdos* o la sombra de Lavín Cerda transfigurada en Woody Allen como Leonard Zelig. Hernán Lavín Cerda transita de la antigüedad grecolatina al presente aludiendo, ora a Sócrates y a contemporáneos nuestros como Eduardo Lizalde o Hugo Gutiérrez Vega, ora al Imperio Romano y al internet.

¿Dónde está Dios o los dioses?, se pregunta el autor. Y descubrimos a un Dios inmóvil, mudo y sordo, cuyo asombro le es negado a nuestra vista; o dioses invisibles que jamás aparecen; o divinidades anónimas y neuróticas; o la presencia de ángeles que se han extraviado para siempre. Dios podría dejar de ser o no ser nunca: *Dios de nada y de todo*. El poeta expresa:

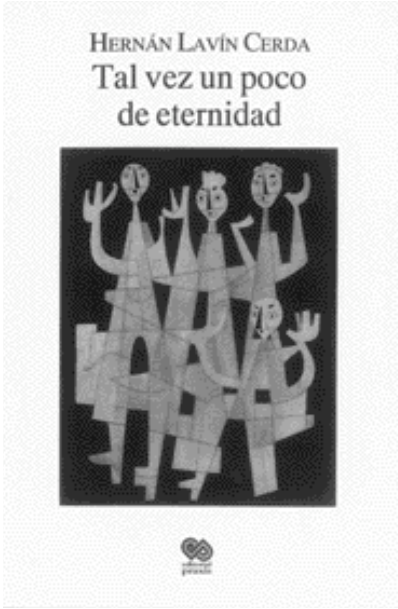
No basta con un solo Dios,
un Dios
sin Dios
y cada vez más solitario.
Habría que multiplicarlo
de Dios en Dios en Dios,
con júbilo, eterna
y suspicazmente.

También nos dice que ya nada es sacro. En un ludibrio afortunado, refiere: *ya nada ni nadie en el vértigo del Inmunda*. ¿Es posible algo sagrado en un mundo esperpéntico como el siglo XX? ¿Es posible algo sacramentísimo cuando todo se ha vuelto inverosímil?

III

Lavín Cerda le responde a la realidad a través de una escritura sutilmente irónica, incisiva, plena de agudeza contestataria, sin dejar a un lado lo esencial. En la cuarta de forros, el editor Carlos López afirma: “En la solemnidad y el drama, lo lúdico”. Comparto su opinión. El autor de *Tal vez un poco de eternidad* va de lo serio a lo terrible, transitando entre el humor y el sarcasmo. Pienso que en la doble vertiente de lo trascendental y el divertimento hay una especie de imbricación nebulosa en la que no puede distinguirse una línea divisoria; hay una especie de fusión o transferencia que indefectiblemente nos lleva a reflexionar sobre el asunto que aborda el poeta: ya sea el vacío, la muerte, o simplemente algo trivial. Octavio Paz habla de “ocurrencias poéticas”. Maestro del ingenio, Hernán Lavín Cerda, mediante un estilo natural, no forzado, seguramente porque proviene de una afortunada tradición vanguardista sudamericana colmada de hallazgos asumidos por su naturaleza lírica, da testimonio de sus experiencias lúdico-poéticas, pero lo más importante es que contrae un compromiso con la escritura.

El autor nos ofrece una propuesta estética. Escribe de un modo directo, aunque también recurre a imágenes reveladoras. A veces el verso es breve, otras más es de arte mayor, e incluso recurre al versículo. Algunos poemas como “La espiral de Cristóbal”, “Aquel viaje del agua”, “La multiplicación de los peces”, o “Una canción para los discí-



pulos” tienen grandes silencios y son muy visuales. Utiliza el verso libre, pero en algún momento, como en el poema “Viaje alrededor de la señal”, en la tercera estrofa, trabaja la rima. Es notorio el aliento que Lavín Cerda plasma en diversas estrofas en las que el ritmo no se detiene sino hasta el punto final; así advertimos en “La sonrisa de los enanos” cómo en las tres estrofas, a modo de quintillas, no hay un solo punto. Otra característica interesante es la circularidad de varios textos. El autor retoma al final del poema lo que escribió al principio de éste. Sin embargo, de pronto da un giro en la expresión, algo altera, invierte ciertos referentes, provoca un cambio de palabras mas no de estructura, y cierra redondeando la idea inicial. Además, hace del sustantivo ataúd una forma verbal y escribe “ataudándolo”. Cambia dichos populares o frases hechas; por ejemplo, cuando expresa: *Descansa en paz o, si lo prefieres, no descanses / en paz o en guerra*. Además de ello, los títulos utilizados son perspicaces.

Quiero destacar dos poemas que en especial llamaron mi atención. Uno es “Apología del olvido”, donde el poeta entreteje con destreza el ámbito verbal y el conceptual, expresando su idea de principio y finitud de la existencia. Nótese el juego de palabras entre circo y círculo. Cito un fragmento:

...desde aquel cementerio de Ginebra
donde lo real es abrumadoramente un
[círculo,
dentro y fuera del Circo Mayor, aquel
[círculo de la muerte
deslizándose por la vida mientras la vida
[va penetrando en la muerte, aquel circo
de la muervida, el único indomable, y
[nadie ignora que todo círculo,
además de ser una trampa,
es ilusorio y eterno como la sabiduría de
[Macedonio Fernández

El otro es “Fecha de caducidad”. Ahí la
figura que destaca es Jesucristo, además de
que una fecha vuela en valles y montañas,
en el aire y en la noche. Se advierte la soledad
y la reverberación del tiempo, así como el
implícito homenaje que el autor hace a la
poesía mística de San Juan de la Cruz. En
este poema se palpa la circularidad que men-
cioné anteriormente. Cito la estrofa inicial
y la última para marcar algunas variantes:

¿Existe alguna fecha de caducidad en el
[perfil de la hostia

que cuelga y seguirá colgando del aire
por los siglos, todo es luz, de los siglos,
[hasta que el Sol y la Luna
no sean más que un enjambre de hostias
[que aún vuelan
silenciosamente a través del esplendor
[de la Vía Láctea?

¿Existe alguna fecha de caducidad en el
[perfil de la hostia
que cuelga quién sabe de dónde
y seguirá colgando por los siglos, casi
[todo
es luz, de los siglos, hasta que el Sol y la
[Luna
no sean más que un enjambre de som-
[bra y de luz en aquel vuelo
donde el fin es el principio y todo trans-
[curre
en el espacio de una eternidad cada vez
[más solitaria?

En “Eternamente”, por ejemplo, el autor
nos remite a lo que yo denominaría “poema

lúdico ~~adverbial~~”; es decir catorce líneas en
las que el poeta juega y se divierte con adver-
bios de modo, de afirmación, de tiempo, de
negación, de duda, en su muy particular
estilo:

Si te dicen que sí, por supuesto, que sí,
que sí, que siempre
sí, que nunca no, que sí que no
que no que sí, por supuesto, sin duda,
[que siempre
no: si te dicen que tal vez
sí, puede ser, todo es posible
si te dicen que tal vez no, que sí
que sí, que nunca nunca, por supuesto.

Y prosigue:

Aún me maravilla que otros se maravillen
del sin embargo, del sí que no, del puede
que sí, del puede que tal vez, del puede
[que sin embargo:
me maravillo del nunca
jamás, del jamás nunca, cordial
y ceremoniosamente del nunca nunca.

Todos estos versos para arremeter al final
del poema: “¿No que sí? Nunca digas que
todo es posible. ¿No que no?”.

Habría mucho más que decir sobre el
volumen *Tal vez un poco de eternidad* (Edi-
torial Praxis, México, 115 pp.), de Hernán
Lavín Cerda, ya que ofrece diversas lecturas
por su riqueza poética y semántica, por su
vivacidad lingüística, por sus entramados
conceptuales, por las preocupaciones del
poeta en cuanto a lo inmortal y lo efímero,
y por esa herencia cultural en la que se en-
marca toda su obra, pero llegó el momento
de decir *sefiní*, así, literalmente, como lo uti-
liza Lavín Cerda tomando homófonamente
el vocablo del francés, en sentido lúdico. Se-
finí, esto se acabó, aunque sabemos que no
todo termina aquí, que habrá más, que en
un futuro el artista nos deleitará con más
poesía: Por mientras, bástenos con vivir,
como dice el poeta:

Con una sonrisa
en los labios, no sólo en los labios,
mejor dicho en la punta de la lengua:
tal vez un poco de eternidad
entre los labios. [U]



Albert Marquet, *The Pont Saint-Michel in winter* (details), 1908

